

**DISCURSO PRONUNCIADO POR
EL PROFESOR GUILLERMO RESTREPO SIERRA
A NOMBRE DE LOS RECIPIENDARIOS
DE LOS PREMIOS DE LA ACADEMIA
CORRESPONDIENTES AL AÑO 1992**

*Guillermo Restrepo Sierra.
Departamento de Matemáticas
Universidad del Valle*

Doctor Luis Eduardo Mora Osejo: Presidente de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y distinguidos miembros de su junta directiva; Doctor Carlos Dulcey: Vicerrector Académico de la Universidad del Valle; Señores Académicos, Señoras y Señores:

Es un gran honor hablar ante ustedes a nombre de los beneficiarios de los premios de la academia correspondientes al año de 1992. Quienes hemos recibido tan honrosas distinciones académicas dejamos constancia de nuestros sentimientos de gratitud y reconocimiento a la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, una institución que desde su fundación definitiva en 1936 se ha constituido en un eslabón fundamental en el desarrollo de la cultura científica nacional, tan importante, quizás, como la Expedición botánica de Mutis y la Comisión Geográfica de Codazzi.

Una y otra vez es necesario insistir en la cultura nacional. No se trata de oponerla a aquellos aspectos universales de la cultura moderna casi unánimemente aceptados por todos los pueblos, tales como la racionalidad científica, la libertad y la democracia, la igualdad ante la ley y el estado

de derecho. Lo que se quiere resaltar es que cada pueblo o nación, para su propia supervivencia necesita tener una imagen positiva de sí mismo en la que se plasmen sus esfuerzos creadores, su sentido de la autoestima como colectividad históricamente determinada y su confianza para afrontar los retos del porvenir.

Dentro de los límites de tiempo impuestos por la sobriedad de este acto académico quisiera exponer muy brevemente mis puntos de vista sobre algunos aspectos de la cultura científica nacional. Espero que el sesgo inevitable que se deriva de mi formación científica como matemático no de lugar a una imagen unilateral de nuestro desarrollo científico o a un catálogo de deseos ingenuos sobre el porvenir del hombre.

En un curioso artículo titulado "Las dos Culturas" planteaba Charles P. Snow en 1956 el antagonismo existente entre los representantes de las llamadas "cultura humanística" y "cultura científica". Snow, un profesor de Cambridge, era físico por entrenamiento y escritor por vocación, así que podemos suponer que sabía bien de lo que hablaba. Por un lado, los humanistas perciben a las ciencias físico-matemáticas y naturales como una fuerza insensible, fría e impersonal que es incompatible con el despliegue de la auténtica humanidad del hombre. A su turno, los científicos tienden a ver las expresiones artísticas, literarias y filosóficas de la cultura como anacronismos inútiles que circulan entre un grupo selecto de personas que se piensan a sí mismas como "personas cultas" y que viven de espaldas a la realidad tangible. Este ambiente de hostilidad y mutua incompreensión entre dos grupos de intelectuales es el que Snow nos muestra en su artículo.

Aparentemente se trata de un conflicto entre académicos surgido de rivalidades por el reparto inequitativo de los dineros públicos en las universidades de los países desarrollados después de la segunda guerra mundial. En esto puede haber algo de cierto, pero no deja de ser una interpretación superficial de un problema de fondo creado por la preponderancia que adquirieron los valores instrumentales de la ciencia en la cultura moderna casi desde su nacimiento. Es un conflicto planteado por F. Bacon en el "Novum Organum", el manifiesto de la ciencia instrumental moderna, cuando expresaba que "... la filosofía corrompida por la superstición e invadida por la teología es el peor de los azotes [...]; pero esa otra filosofía hinchada de imaginación y que se asemeja a la poesía, engaña mucho más al espíritu...". Erasmo, el gran humanista del Renacimiento, advertía que cuando los adolescentes comienzan adquirir conocimientos, ya sea por la experiencia de las cosas, ya por el estudio de las ciencias, continuamente se marchita la gracia

de sus formas, languidece su vivacidad, se enfría su donaire y desmaya su vigor. Esta tensión en la cultura moderna alcanza sus niveles más altos con la reacción romántica contra las ciencias a principios del siglo XIX y con los severos enjuiciamientos a los valores instrumentales de las ciencias realizados por la escuela de la filosofía crítica.

En Colombia –en general en América Latina– el conflicto anterior se expresa de una forma muy peculiar debido al desproporcionado peso de las tradiciones literarias en nuestra cultura. Se palpa en el escaso despliegue de la ciencia y la tecnología en los medios de comunicación masiva en comparación con el espacio asignado a las formas literarias y artísticas de la cultura. Hasta hace muy poco los jóvenes se lanzaban con entusiasmo a la tarea cuasimística de “sacrificar un mundo por pulir un verso” y creo que todavía lo siguen haciendo, afortunadamente. La novelista latinoamericana de los últimos decenios ha alcanzado niveles de reconocimiento universal nunca imaginados. Ella aportó al lector europeo hastiado del racionalismo de la ilustración liberal un elemento novedoso y sutil que llamaron con deleite el “realismo mágico”. El realismo mágico dejó en Colombia una progenie ilustre de “científicos”. El primero fué un misterioso gitano de nombre Melquiades venido de ultramar, quien enseñó a los perplejos habitantes de Macondo la gracia juguetera de los imanes y el poder incendiario de la lupa. Su discípulo José Arcadio Buendía, quien tenía una imaginación desahogada, pensó que podría utilizar los fierros de su maestro para desentrañar todo el oro de la tierra y la lupa como un arma de guerra. En la primera empresa invirtió y perdió todos los ahorros de su mujer. En la segunda no fué más afortunado. Al tratar de probar los efectos de la lupa en las tropas enemigas, se expuso a la concentración de los rayos solares y sufrió quemaduras horribles, desafortunadamente. Esta imagen jocosa y crítica de la ciencia y de los científicos proyectada por un reputado novelista hace parte de nuestra cultura popular. Ante Melquiades y los Arcadios Buendías poco significan Francisco José de Caldas, Jorge Alvarez Lleras, Enrique Perez Arbelaez, Julio Garavito y Alvaro Lopez Toro, para citar sólo unos cuantos auténticos representantes de la cultura científica nacional, todos ellos hombres sobrios que pusieron sus talentos al servicio de las mejores causas.

Pero hay otro aspecto importante de nuestra cultura sobre el cual conviene reflexionar. Se trata de la valoración unilateral de las expresiones técnicas de la cultura científica. Nuestra élites republicanas asimilaron bien el manifiesto utilitarista de las ciencias de Bacon que con tanto ahínco se encargó de difundir la ilustración. Los ilustrados absolutizaron la racionalidad científica sustentada por la experiencia, excluyeron de la cultura

otras expresiones de la racionalidad humana y convirtieron el progreso en un escatología laica. En medio de la euforia y el optimismo producido por el auge industrial se tejió una gran utopía sobre el progreso humano y la capacidad de la ciencia instrumental para instaurar con la ayuda de sus luces un orden universal. La nueva Atlántida, la mítica isla baconiana se convirtió en el siglo XIX en la tierra prometida adonde habría de llegar la humanidad bajo la dirección de los industriales y los banqueros aliados con los técnicos. Los industriales y los banqueros instalaron a los técnicos en la Casa de Salomón, la cual nunca albergó a Ricardo, Marx, Galois, Maxwell, Darwin, Mendel, Einstein, Hilbert, Wiener y a tantos otros científicos eminentes y paradigmáticos que han contribuido con su inteligencia a esclarecernos las realidades de la vida y del cosmos y a abrir perspectivas para el despliegue de las capacidades técnicas de la humanidad con miras a mejorar las condiciones materiales de la existencia. El historiador Frank Safford en su libro "el Ideal de lo Práctico", al bosquejar el desarrollo de la educación científica y técnica en el siglo XIX en Colombia afirma que "... el énfasis que se hacía sobre lo práctico era de tal magnitud que algunos padres precavían a sus hijos en contra de las tentaciones de estudiar ciencias puras. Los muchachos recibían instrucciones de concentrarse en aquéllo que era obvio e inmediatamente aplicable...". Este ideal utilitarista ha sido bien asimilado por la universidades colombianas y por las distintas generaciones de universitarios. Todos quieren hacer, muy pocos quieren conocer. Los domina la prisa por ser huéspedes de la Casa de Salomón de los técnicos.

La concepción instrumentalista de la ciencia ha tenido consecuencias muy contradictorias en todo el mundo. Por un lado ha contribuido a crear un enorme bienestar cuantitativo en nuestro planeta muy mal distribuido. Por el otro ha sido un obstáculo para la integración en la cultura de la racionalidad científica y las racionalidades sapienciales y para la conformación de una imagen científica del mundo compactible con las realidades existenciales más profundas del hombre. En la actualidad coexisten los logros prácticos de la ciencia instrumental con la superstición, la xenofobia, el tribalismo y la difusión masiva de los antivalores de la violencia. Además, los usos indebidos de la ciencia instrumental para la intimidación de los pueblos y la destrucción ha creado en la conciencia social desazón y dudas sobre las posibilidades de la ciencia para integrarse a los ideales humanistas de la cultura basados en la percepción de una conciencia genérica y universal del hombre. La ciencia baconiana y los científicos en general, se han comprometido demasiado con los intereses guerreristas de los estados y de las grandes empresas industriales en desmedro de los intereses comunitarios y

de los ideales del saber. El secreto ha subsistido la libertad de información y la manipulación de la opinión pública ha reemplazado al debate racional, abierto y público sobre los fines de la investigación científica y de la actividad científica en general. En esta ámbito cultural de prevaricación, la ciencia se ha aislado de la vida y los científicos de sus compromisos con la libertad, el bien común y la democracia.

Hoy ya no es cierto que el país que está más desarrollado industrialmente sólo muestra al menos desarrollado la imagen de su propio futuro. Si así fuera nuestro futuro científico sería sombrío. En realidad, los pueblos han aprendido a valorar sus propias culturas nacionales y a discernir los elementos universales y valiosos de la cultura moderna. Estos elementos se han adaptado bien a las estructuras culturales de pueblos que no ha pasado por experiencias históricas de la ilustración, lo que prueba que la racionalidad científica moderna no es incompatible con las racionalidades sapienciales. La "Gran Ciencia", una especie de ciencia babilónica alimentada por rivalidades militares y la desenfrenada competencia económica de los conglomerados industriales, no tiene que ser la imagen de nuestro futuro. La razón es un don gratuito de la naturaleza y es una de las cosas mejor distribuidas entre los hombres. En las condiciones históricas actuales, la racionalidad científica articulada a las culturas nacionales es un bien precioso que ayuda a los pueblos a lograr un bienestar material adecuado y al despliegue de su espiritualidad. Pero es necesario unir los momentos teóricos y prácticos de esta racionalidad y tener en cuenta que lo práctico no es sólo la técnica sino también la eticidad de los fines que los hombres se proponen y la congruencia entre éstos y los medios.

Como un acto de fé razonada quisiera manifestar que las dificultades que nuestra cultura opone al dspliegue de la racionalidad científica moderna no son insuperables. Todo depende de nuestra capacidad para articularnos a una nueva cultura humanista en gestación cuyas raíces estan en la vida cotidiana, en la conversación con los amigos y en las aspiraciones que todos tenemos a vivir con dignidad. Este humanismo nuevo era insinuado por Descartes, uno de los gestores de la modernidad, cuando en una carta a Elizabeth fechada el 28 de junio de 1643 aconsejaba dedicar más tiempo al descanso de los sentidos y al reposo del espíritu.

Para terminar, quisiera aclarar que las ideas que he expresado pueden ser objeto de cordiales discrepancias y son de mi entera responsabilidad. Pero con certeza puedo afirmar que quienes hemos sido distinguidos en el día de hoy con los Premios de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas,

Físicas y Naturales correspondientes al año de 1992 estamos identificados en los ideales del desarrollo de una ciencia nacional vigorosa, integrada a una cultura humanista cuyas raíces estén en el hombre mismo y puesta al servicio del bienestar material y espiritual de los colombianos. Nuevamente, muchas gracias.